

Javier Auyero y Rodrigo Hobert

# Acción e interpretación en la sociología cualitativa norteamericana

**FLACSO** - Biblioteca

 **EPC**  
Ediciones  
de Periodismo y Comunicación



---

Auyero, Javier

Acción e interpretación en sociología cualitativa norteamericana /  
Javier Auyero y Rodrigo Hobert. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata ;  
Ecuador : Flacso, 2011.

406 p. ; 21x15 cm.

ISBN: 978-950-34-0719-6

1. Sociología. 2. Sociología Cualitativa . I. Hobert, Rodrigo

CDD 301

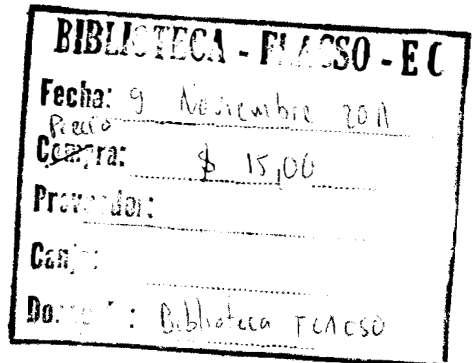
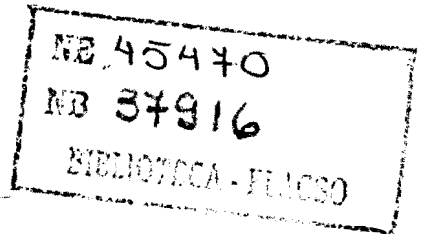
---

© De la presente edición:

Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata  
Edificio Bosque: Diagonal 113 y 63  
Telf: 4250133  
Edificio 44  
Avenida 44 N° 676  
Telf.: 4224090 / 4015 - 4236778 / 83 / 84  
La Plata-Argentina  
[www.perio.unlp.edu.ar](http://www.perio.unlp.edu.ar)

FLACSO, Sede Ecuador  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro  
Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 323 8888  
Fax: (593-2) 323 7960  
[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

ISBN EPC: 978-950-34-0719-6  
ISBN FLACSO: 978-9978-67-288-4  
Revisión de textos: Alcira Martínez  
Arte y diseño: Julieta Lloret  
Fotografía de portada: © Mimmo Privitera  
Imprenta: CrearImagen  
Quito, Ecuador, septiembre de 2011



## Índice

### **Nota de introducción**

Rodrigo Hobert y Javier Auyero ..... 9

### **Describiendo, midiendo y explicando la lucha**

Charles Tilly ..... 13

### **La política como vocación: notas hacia una comprensión sensualista del compromiso político**

Matthew Mahler ..... 39

### **Acerca de los desafíos éticos de la investigación de campo en zonas de conflicto**

Elisabeth Jean Wood ..... 83

### **El dolor en la acción: los significados del dolor que experimentan los luchadores profesionales**

Tyson Smith ..... 113

### **Las carreras del vicio: los cambiantes contornos del trabajo sexual en la ciudad de Nueva York**

Alexandra K. Murphy, Sudhir Alladi Venkatesh ..... 149

### **Trabajo de reputación en la venta de cine y televisión: la vida en la industria del talento de Hollywood**

Stephen Zafirau ..... 207

### **Revisando a la eficiencia y al ‘arreglo’. Relaciones informales y rutinización simulada en un hogar de ancianos sin fines de lucro**

Steven Henry López ..... 273

**La importancia de la etnografía: acerca de la movilización y el desarrollo social en el noreste de Brasil**

Wendy Wolford..... 327

**Acerca del consumo de productos culturales chinos para su exposición en el hogar por parte de los padres adoptivos**

Amy E. Traver..... 365

## **Acerca de los desafíos éticos de la investigación de campo en zonas de conflicto**

Elisabeth Jean Wood

La investigación de campo llevada a cabo en zonas de conflicto presenta desafíos debido a razones tanto metodológicas como éticas. En zonas de conflicto, la práctica de los imperativos típicos de la investigación empírica (que consiste en juntar y analizar datos precisos con el fin de tratar un asunto teórico pertinente) se intensifica debido a la falta de datos imparciales extraídos de los periódicos, a la gran cantidad de datos parciales reunidos por organizaciones que trabajan en la zona, a la dificultad de definir una muestra representativa y poder llevar a cabo un estudio sobre ésta, además de los desafíos logísticos evidentes. Asimismo, la práctica del imperativo ético de la investigación (‘no hacer daño’) se ve intensificada en las zonas de conflicto debido al grado de polarización política, a la presencia de actores armados, a la seguridad precaria de la mayoría de los residentes, al carácter imprevisible de los sucesos y a las consecuencias traumáticas experimentadas de igual modo por los combatientes y los civiles.

Desde el inicio del proyecto y durante la etapa de desarrollo del diseño y de los métodos de investigación, los investigadores deben tener siempre en cuenta los imperativos éticos. Con la esperanza de poder contribuir a investigaciones futuras en zonas de conflicto, en este ensayo expongo los dilemas éticos a los cuales se ven enfrentados los investigadores de campo que trabajan en zonas de conflicto y evalúo hasta qué punto los procedimientos de investigación pueden abordar estos dilemas de manera adecuada. Sostengo que los procedimientos de investigación pueden contribuir a tratar muchos de estos dilemas según el escenario de conflicto. En algunos, resulta imposible llevar a

cabo una investigación de manera ética, por ende la misma no debe realizarse o debe ser restringida. En muchos otros, en cambio, los procedimientos de investigación logran lidiar con estos dilemas bastante bien. Aunque la investigación ética dependerá siempre de la opinión del investigador; no basta con cumplir las reglas básicas; por ende, la capacitación de los investigadores de campo debe permitirles estar preparados para enfrentar dilemas éticos e inculcarles principios deontológicos que los ayudarán a no cometer errores en el campo.

Para este ensayo, me baso en mi trabajo de investigación de veintiséis meses llevado a cabo en zonas rurales de El Salvador durante la guerra civil. Luego de resumir brevemente el objetivo y la metodología general de la investigación, expongo, en primer lugar, el contexto particular de la guerra durante el periodo de investigación. Luego, detallo los dilemas éticos a los cuales me enfrenté y analizo la conveniencia de los procedimientos de investigación utilizados para implementar la ética de ‘no hacer daño’, haciendo hincapié en el protocolo destinado a garantizar que mis entrevistas se hicieran con el total consentimiento de los participantes y en los métodos que utilicé para asegurar la confidencialidad de mis datos de campo. Identifico los dilemas a los cuales no me enfrenté, poniendo énfasis en la violencia relativamente limitada que tuvo lugar a fines de la guerra civil salvadoreña. Expongo también los dilemas que surgen durante la diseminación de las conclusiones y la repatriación de datos. Puesto que estos procedimientos no tratan todos los dilemas a los cuales el investigador puede enfrentarse en las zonas de conflicto, concluyo que la investigación ética depende inevitablemente del juicio fundado del investigador, e identifico algunos de los desafíos emocionales de la investigación de campo en escenarios altamente polarizados que pueden afectar el juicio del investigador.

## **Investigación: acción colectiva de alto riesgo y democratización como salida a la guerra civil**

En El Salvador llevé a cabo una investigación que abarcó varios temas, incluyendo las razones por las cuales la democratización puso fin al conflicto político violento (Wood, 2000) y los motivos que llevaron a algunos pobres rurales a apoyar activamente a los rebeldes de izquierda, a pesar de los altos riesgos a los que se exponían (Wood, 2003). En cinco casos de estudio realizados en zonas de conflicto rurales entrevisté a más de doscientos civiles, ocho comandantes rebeldes y a aproximadamente dos docenas de personas miembros de organizaciones no gubernamentales que pertenecían a varias filiaciones políticas. Los estudios de caso se diferenciaban por el grado de movilización en apoyo a los rebeldes y en la forma de producción agraria.<sup>34</sup> A través de las entrevistas y de la observación de reuniones logré documentar la historia del conflicto en las comunidades locales, la trayectoria política de las personas (aquellos que apoyaban a los rebeldes y aquellos que no), las divisiones políticas dentro de las comunidades, las relaciones entre los civiles y los actores armados, el modelo de ocupación de tierras durante la guerra, además de los orígenes, la evolución y la filiación política de las organizaciones no gubernamentales que estaban presentes en la zona. Asimismo, reuní material que me permitió analizar los orígenes y la evolución de la reconstrucción de un pueblo bombardeado

<sup>34</sup> Las cinco zonas elegidas para realizar los estudios de caso cumplían con los siguientes criterios de investigación: cada zona debía ser razonablemente accesible para que yo pudiese ingresar con mi camioneta y debía ser políticamente manejable (en el contexto salvadoreño, esto quería decir que únicamente una o dos de las cinco facciones insurgentes podían tener participación activa en la zona). A través de las zonas elegidas para los estudios de caso, intenté encontrar algunas variaciones en las relaciones sociales que reinaban antes de la guerra (el trabajo salarial, la aparcería, la agricultura campesina, etc.) y en los modelos de movilización política (esto es, las zonas en las que una parte de los residentes apoyaban a las fuerzas insurgentes y la otra al gobierno). No obstante, este diseño de investigación surgió mediante un proceso más complicado, como se explica en el capítulo III de Wood (2003).

y abandonado (Tenancingo), bajo un acuerdo único entre los rebeldes y el gobierno que autorizaba la repoblación del mismo.

En San Salvador y en las ciudades provinciales, reuní datos y documentación sobre la evolución de la economía durante el conflicto, el curso de las negociaciones entre los rebeldes y el gobierno sobre la transferencia de tierras a los que apoyaban a los rebeldes, las opiniones de los terratenientes acerca del conflicto y sus consecuencias económicas, y el análisis de los orígenes de la guerra y las medidas contra-insurgentes tomadas por los oficiales. Me entrevisté con oficiales del gobierno, oficiales militares, miembros de la USAID (Agencia de los Estados Unidos de Norteamérica para el Desarrollo Internacional), de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), oficiales del grupo político rebelde (luego del cese de fuego), así como también con casi una docena de personas dueñas de propiedades en las zonas donde se llevaron a cabo los estudios de caso.

Si bien logré reunir bastantes documentos y bases de datos fundamentales, además de presenciar varias reuniones de diferentes organizaciones, mi método principal de investigación consistió en realizar entrevistas semiestructuradas en las cuales formulé preguntas abiertas que figuraban en una lista y me concentré en temas que me parecían adecuados y pertinentes. Resultó fundamental volver a entrevistar a muchas personas para poder obtener una información de excelente calidad.

La reunión de opiniones sobre estos temas por parte de grupos sociales de todo el espectro político (incluyendo a los actores armados) fue importante para lograr el objetivo de la investigación. Como lo detallo más adelante en el trabajo, a excepción del caso de los funcionarios públicos de alto rango, les aseguré a todos los entrevistados que su identidad no sería divulgada (en muchos casos su participación fue anónima). El contacto inicial que tuve con los directivos de la USAID me permitió entrevistar a funcionarios del gobierno salvadoreño, a oficiales



militares y a terratenientes. Logré comenzar mi primer estudio de caso, Tenancingo, gracias a la organización no gubernamental que llevaba a cabo la reconstrucción del pueblo. A través de la monja católica local conocí a los residentes del pueblo. Mi afiliación a la universidad jesuita me ayudó a conocer trabajadores pastorales de otras zonas, quienes me dieron alojamiento en el campo. Varias personas que conocí en San Salvador me presentaron a miembros de organizaciones no gubernamentales que estaban realizando otros trabajos de campo y que me facilitaron el ingreso a las otras cuatro zonas de estudios de caso. En el campo, fui sometida a investigación por parte de cada facción rebelde presente en las zonas. Luego de escuchar acerca de mi proyecto, los jefes de operaciones verificaron mi identidad con sus contactos en la ciudad <sup>35</sup>. Supongo que los funcionarios públicos llevaron a cabo un proceso similar.

De este modo, las personas que iban a ser entrevistadas fueron elegidas mediante la construcción de varias redes paralelas de contactos (urbanos y rurales, los que apoyaban a los rebeldes y los que apoyaban al gobierno, y residentes rurales que no apoyaban a nadie). En los casos en que hubo violencia política y polarización no intenté construir muestras representativas de los entrevistados, sino que hice lo posible para entrevistar a los miembros de una gran variedad de organizaciones, tanto aquellas que apoyaban al gobierno, como aquellas que apoyaban a la oposición. A través de sacerdotes y monjas locales conocí a varios residentes, incluyendo a aquellos que no apoyaban ni al gobierno ni a la oposición (los cuales eran muy difíciles de encontrar). No llevé a cabo ninguna investigación en las zonas controladas por el ejército rebelde, puesto que no estaba permitido el acceso a esas zonas si no se apoyaba a los rebeldes. Tampoco intenté llevar a cabo ninguna investigación de campo

<sup>35</sup> De acuerdo a mi experiencia, una vez que el proceso era completado no tuve que enfrentar restricciones de desplazamiento ni de investigación.

en las zonas donde no había ninguna actividad insurgente (lo cual habría sido el diseño de investigación ideal ya que habría agregado un caso claramente opuesto). Llevar a cabo una investigación etnográfica sobre temas políticos tan delicados en zonas donde ni el gobierno, ni el control terrateniente tenían oposición, hubiese sido peligroso tanto para los entrevistados (y quizá para mí). Esto quiere decir que, irónicamente, durante la guerra salvadoreña era normalmente más seguro realizar la investigación de campo en las zonas disputadas por los rebeldes armados.

Esto se debe a que, durante la última mitad de la guerra, en las zonas en las que se realizaron los estudios de caso reinaba una suerte de estancamiento tanto político como militar. Un Estado político que reflejaba la incapacidad del gobierno para volver a imponer la hegemonía de las fuerzas de seguridad y de los terratenientes, pero también la incapacidad de los rebeldes para impedir que las tropas del gobierno controlen la zona. A la sombra de ese estancamiento y en las condiciones particulares de esta guerra, los residentes rurales podían vivir y trabajar con una gran variedad de lealtades políticas, tornando en posible una investigación de campo sobre los modelos de acción colectiva.

Recurrí también a otro método. En 1992, militantes rebeldes provenientes de cuatro de las zonas elegidas para los estudios de caso dibujaron mapas para este estudio. Solicité a los representantes de una docena de cooperativas que dibujaran –con marcadores en grandes láminas de papel de estraza– mapas de sus localidades en las cuales se pudiesen observar los límites de las propiedades y el uso de las tierras utilizadas antes y después de la guerra civil. Varios miembros –por lo menos dos– dibujaron estos mapas mientras discutían sobre la historia de la zona, contaban chismes y chistes, al tiempo en que se burlaban entre ellos (y de mí). Los mapas muestran cómo las cooperativas de aquellos que apoyaban a las fuerzas insurgentes redibujaron las fronteras de las relaciones entre las clases sociales mediante su

acción colectiva<sup>36</sup>. Estas personas no estaban acostumbradas a dibujar mapas; sólo algunas de ellas sabían qué era un mapa. Los jefes de operaciones de las fuerzas insurgentes poseían algunos mapas muy gastados, unidos con cinta adhesiva. Un líder anciano analfabeto trazó las líneas de las parcelas con su dedo índice para que su nieto las dibujara. Se tardó dos días en dibujar cada par de mapas, lo cual me hizo entender que era muy importante para ellos que la historia de la guerra en la zona fuese documentada.

Mirando en retrospectiva, soy consciente de la gran cantidad de errores que cometí durante mi trabajo de investigación de campo, de los cuales dos merecen ser mencionados. Me habría gustado grabar mejor los comentarios, los chistes y las discusiones que tuvieron lugar mientras se dibujaban los mapas. Tardé en comprender el valor de esas interacciones, ya que en un principio no entendía muy bien qué representaban esos mapas. Fue después cuando me di cuenta que no eran sólo dibujos que marcaban la ocupación de tierras, sino documentos que mostraban la aparición de una nueva cultura política. También lamenté no haber entrevistado a más residentes que no apoyaban a las fuerzas insurgentes en las zonas en las que se realizaron los estudios de caso, ya que el material reunido sobre este grupo es menos abundante que el de aquellos que apoyaban a los rebeldes.

### **Las condiciones del campo desde una perspectiva comparativa**

La investigación de campo realizada en un ambiente dominado por filiaciones políticas durante la guerra civil fue posible debido a algunos aspectos de la guerra salvadoreña. Mi trabajo de

<sup>36</sup> La exactitud de las reivindicaciones relativas a la ocupación de tierras por parte de estos líderes de cooperativas en 1992 fue confirmada con mi propio viaje y observación en las zonas de los estudios de caso y por el estudio de los datos sobre las reivindicaciones de tierras llevado a cabo por el grupo insurgente, el gobierno, y las Naciones Unidas, durante el proceso de transferencia de tierras que tuvo lugar luego de la guerra.

investigación comenzó en el año 1987, es decir, posteriormente al período de intensa violencia que caracterizó a los primeros años de la guerra. Esta disminución de la violencia se debió principalmente a que, a fines del año 1983, la ONU tomó la decisión de convencer a los comandantes del ejército salvadoreño de controlar los abusos de los derechos humanos perpetrados por el ejército. El Estado fue el responsable de la mayor parte de los hechos de violencia infligidos contra civiles durante la guerra salvadoreña, y la Comisión de la Verdad, respaldada por la ONU, atribuyó más del 85 por ciento de las muertes civiles a los actores estatales y sus agentes. Si bien el ejército no desmanteló los escuadrones de la muerte responsables de la violencia, ésta disminuyó cuando el ejército tuvo que adoptar –a su pesar– medidas contrainsurgentes focalizadas en ganarse los “corazones y mentes” de los civiles por sobre la violencia indiscriminada propia de los primeros años de la guerra. Las fuerzas insurgentes se reorganizaron en grupos más pequeños, autónomos, y ambulantes. Esta nueva estrategia resultó ser eficaz. Los rebeldes ampliaron lentamente su presencia tanto en las zonas rurales como urbanas, llevando a cabo breves salidas contra las fuerzas militares e intensificando el sabotaje económico.

En este último período de la guerra la violencia estatal fue bastante más selectiva, aunque las atrocidades volvieron a perpetrarse cuando el régimen se sintió amenazado. Por ejemplo, durante la ofensiva de las fuerzas insurgentes del año 1989 unidas del Batallón Atlacatl del gobierno, bajo las órdenes del Alto Mando, ejecutaron a seis sacerdotes jesuitas, su ama de llaves y la hija de ésta en el campus de la universidad jesuita, al tiempo en que la Fuerza Aérea bombardeó barrios de civiles en San Salvador. No obstante, los cambios en las estrategias del gobierno y de las fuerzas insurgentes hicieron posible que algunos campesinos desplazados pudiesen regresar al campo. A pesar de la violencia llevada a cabo contra los militantes, aquellos que apoyaban a los

rebeldes en algunas regiones comenzaron a organizar cooperativas insurgentes y se apropiaron de tierras abandonadas (algunas de las cuales habían sido trabajadas secretamente).

Por lo tanto, mi labor de investigación se llevó a cabo durante un período de violencia relativamente limitada y organizada, a diferencia del período de violencia indiscriminada de los primeros años de la guerra y de la violencia más criminal posterior a la guerra. Me ha pasado que las personas con las que tenía contacto de ambos lados del conflicto me sugirieran postergar algún viaje programado. Siempre seguí los consejos sin hacer preguntas. Observé que en las zonas elegidas para mis trabajos prácticos solía haber violencia durante esos períodos.

En concreto, mi primer trabajo de investigación de campo en Tenancingo se desarrolló en un contexto dominado por la presión internacional sobre los actores armados para que éstos pusieran fin a las violaciones a los Derechos Humanos. Esta presión, y el hecho de que el ejército admitiese haber bombardeado el pueblo en dos oportunidades, hicieron posible un único acuerdo entre los grupos armados para permitir la reconstrucción del pueblo y su repoblación, en medio de una zona muy conflictiva. El proyecto recibió financiamiento europeo y cobertura mediática; estas cuestiones pudieron haber representado causas disuasorias frente a potenciales acciones hostiles contra un investigador académico, dadas las consecuencias negativas que hubieran implicado para los dos grupos armados. El hecho de ser estadounidense y no salvadoreña, puede también haber contribuido a que la investigación de campo fuese posible por dos razones: la importancia de la financiación estadounidense para el gobierno y la atención puesta en el acoso (de ambos lados) hacia los ciudadanos estadounidenses.

La investigación de campo realizada en las otras zonas elegidas para los estudios de caso se llevó a cabo en períodos más avanzados de la guerra; de hecho, la mayor parte (aunque no toda)

se realizó durante el cese al fuego de principios del año 1992. Si bien la tensión política era muy alta en esas zonas, la presencia de observadores de las Naciones Unidas y la separación de los dos ejércitos desplazándose cada uno a un sitio diferente, hizo que el acceso a esas zonas fuese mucho menos peligroso que antes. Además, salvo algunas raras excepciones, tuve suerte. Nunca me encontré en el lugar equivocado en el momento equivocado. Esta suerte es un aspecto del trabajo de campo en zonas de violencia política que no debe ser menospreciado (Sluka, 1995).

No obstante, además de estos motivos propios de la segunda mitad de la guerra salvadoreña, creo que logré llevar a cabo mi investigación en áreas de conflicto debido a una razón más profunda: muchos de los residentes de las zonas elegidas para los estudios de caso (así como también casi todos los entrevistados en San Salvador) contestaron a mis preguntas con entusiasmo, sin importar la clase, la ocupación o la filiación política. Puede que esta motivación sirva para explicar el trauma y el cambio ocasionados por la guerra. Las personas entrevistadas expresaron a menudo el deseo de que su historia fuese narrada y que se escribiese algún relato (o explicación) de la guerra civil. Por ejemplo, un residente de Tenancingo, que no tenía ninguna filiación política, me dijo en 1987:

“Aquí la gente se está asfixiando, hay sólo llantos y gritos, no se puede hablar. Esta situación asfixia. Me hace bien hablar con alguien, no se puede hablar con la gente de aquí de esta situación”.

Un rebelde que fue durante mucho tiempo militante declaró lo siguiente:

“Entiendo que usted nos esté pidiendo que participemos en la construcción de lo que podríamos llamar la historia de la guerra en las zonas de conflicto. [Pausa] Ya no hay nada que ocultar. Ya lo hemos sufrido; estaría bien que existiese esa historia.

¡Qué época hemos vivido! El campesino no tiene la capacidad para hacerlo; ustedes están más acostumbrados a hacerlo (en los Estados Unidos; en las universidades de Estados Unidos). Pero es algo que hemos vivido y que seguimos viviendo. No sabría por dónde comenzar”.

Esta motivación que poseen muchos residentes de zonas de conflicto por contar sus historias personales y las de su comunidad a un investigador (habiéndosele proporcionado una introducción adecuada y en el lugar adecuado) es común en muchas otras descripciones de pueblos que sufren guerras civiles<sup>37</sup>.

Sin embargo, las declaraciones hechas durante las entrevistas por civiles miembros de cooperativas insurgentes no se referían únicamente a la violencia. Si bien la mayoría de las historias comenzaban refiriéndose a las injusticias, la violencia, el sufrimiento y las pérdidas, muchas continuaban con relatos contados con orgullo sobre los logros alcanzados por las organizaciones opositoras durante el conflicto; como las tierras ocupadas y defendidas, la creación de nuevas organizaciones y el surgimiento de nuevas identidades. Los campesinos hablaban de estos logros con mucho entusiasmo. El apoyo a este proyecto que tuve de parte de algunos grupos que entrevisté repetidamente a lo largo de varios meses (y a veces años) era evidente a mi regreso. A menudo cuando me recibían me gritaban cosas como: “Bueno, Elisabeth, ¡tengo (o tenemos) algo que contarte!, ¿qué era lo que teníamos que contarle a Elisabeth?”.

Estas demostraciones de orgullo contrastan ampliamente con el material etnográfico recogido en varios estudios sobre guerras civiles, como por ejemplo, la etnografía de las viudas de la guerra de Guatemala por Linda Green (1999). La satisfacción de haber logrado algo, experimentada por los civiles insurgentes de las zonas elegidas para los estudios de caso, resultó ser

<sup>37</sup> Ver por ejemplo a Green (1995), Nordstrom (1997) y Das (1990).

un factor clave que me permitió llevar a cabo mi investigación de campo: muchos residentes que apoyaban a las fuerzas insurgentes sentían que tenían una historia importante y exitosa que contar. Los términos del acuerdo político que puso fin a la guerra permitieron a las dos partes sentirse ganadores: las fuerzas insurgentes dijeron que habían ganado el derecho de participación en una estructura política totalmente democrática, mientras que los simpatizantes del gobierno rechazaron los pedidos económicos de los rebeldes (Wood, 2000).

De este modo, el conflicto salvadoreño difiere de muchas otras guerras civiles en muchos aspectos pertinentes<sup>38</sup>. Luego de los primeros años de la guerra, la violencia estatal pasó a ser mucho más selectiva. Tanto por sus compromisos ideológicos, como por su dependencia del apoyo de los civiles —sobre todo por la inteligencia de éstos—, las fuerzas insurgentes fueron particularmente selectivas en el uso de la violencia y construyeron redes extensas de apoyo civil (Wood, 2003). El hecho de que hubieran sólo dos actores, cada uno con una cadena de mando bastante coherente, significó que el proceso de control fue aparentemente pensado por los actores armados como una base adecuada sobre la cual decidir si cooperar o no con mi proyecto de investigación. Este tipo de violencia limitada y bien dirigida, llevada a cabo por dos actores coherentes durante la última mitad del conflicto salvadoreño, contrasta ampliamente con los modelos de violencia perpetrada durante muchas otras guerras civiles. En muchas guerras, los líderes ejercen muy poco control sobre sus seguidores armados; las facciones armadas perciben muy pocas limitaciones ideológicas o prácticas en el uso de la violencia; los grupos armados dependen, ya sea de la práctica

<sup>38</sup> Para un mayor análisis de los desafíos de la etnografía en tiempos de guerra, ver a Wood (2003; capítulos 2 y 3). Consultar también a Nordstrom (1997), Peritote (1990), y a Smythe y Gillian (2001) y los ensayos de la colección realizados por Nordstrom y Robben (1995).



del terror indiscriminado (sobre todo si su objetivo es controlar los recursos o llevar a cabo una campaña de limpieza étnica o política), o bien del secuestro de extranjeros para financiar sus actividades<sup>39</sup>. En algunas guerras ocurre que la multiplicidad de facciones dificulta cualquier presencia prolongada en las zonas rurales; en otras, la neutralidad de parte de los residentes rurales e investigadores es rechazada por uno o más de los grupos armados beligerantes. Llevar un pasaporte de los Estados Unidos durante un conflicto puede ocasionar violencia, mientras que en el contexto salvadoreño esto provocó el efecto contrario.

Existen otros factores menos asociados con la violencia que pueden dificultar el trabajo de investigación en zonas de conflicto e inclusive hacer que éste se vuelva imposible. En presencia de una variedad de milicias locales y otros actores armados, la obtención del permiso adecuado para realizar una investigación puede ser una tarea imposible de llevar a cabo. En algunas zonas de conflicto la logística de la investigación de campo puede también ser extremadamente difícil de practicar<sup>40</sup>. La mayoría de las veces logré identificar aquellos sitios de campo a los cuales podía tener acceso a través del transporte público o en compañía de miembros de organizaciones no gubernamentales (Tenancingo), o bien conduciendo yo misma una camioneta. En muchas guerras ese acceso relativamente fácil y esa autonomía de desplazamiento no son posibles. Los investigadores deben más bien negociar el transporte con las organizaciones no gubernamentales, lo cual puede ser visto por algunos actores armados como una actitud parcial. Encontrar un refugio seguro, agua y comida sin sesgar la investigación puede resultar bastante difícil. Aquellos que proveen alojamiento y transporte pueden restringir el acceso a lugares y a algunas personas. Otros

<sup>39</sup> Ver a Kalyvas (2006) y Weinstein (prensa) para un análisis sobre los modelos de violencia en las guerras civiles.

<sup>40</sup> Severine Auteserre, comunicación personal.

factores permitieron la práctica de la logística de la investigación de campo en El Salvador. El hecho de que casi todos los residentes rurales hablaran español significó que con sólo hablar fluidamente un idioma no fuera necesario contratar a un traductor. Por el contrario, en algunas zonas de conflicto, se deben realizar entrevistas en varios idiomas y dialectos, y por ende es probable que el investigador de campo necesite traductores, lo cual presenta desafíos prácticos y éticos.

### **Desafíos éticos**

Durante mi trabajo de investigación los desafíos más importantes que tuve que enfrentar para poder aplicar el imperativo de ‘no hacer daño’ fueron, en primer lugar, asegurarme de que tanto los entrevistados como las organizaciones que observé hubiesen sido informados y hubieran estado de acuerdo con el proyecto de investigación; en segundo lugar, proteger los datos reunidos que eran políticamente susceptibles; y por último, decidir qué material publicar. En resumen, traté de asegurarme de que aquellas personas que participaron en el proyecto no corriesen ningún riesgo por haberlo hecho y que tuvieran la libertad de responder o no a algunas cuestiones del proyecto. Expondré algunas de estas cuestiones, junto con algunos otros desafíos menores y dilemas (no utilicé la ayuda de asistentes de investigación o “informantes claves”, cuya seguridad hubiera necesitado una consideración especial).

Para que la investigación de campo sea ética, es necesario que los participantes estén totalmente informados a cerca de los riesgos y beneficios, así como también estar totalmente de acuerdo<sup>41</sup> (Kelman, 1972; Informe de Belmont, 1979). En el

<sup>41</sup> Ver lo elaborado por la Comisión Nacional para la Protección de los Sujetos Humanos en Investigación Biomédica y Conductual (*The National Commission for the Protection Of Human Subjects of Biomedical and Behavioral*, 1979), conocida como el Informe Belmont.

contexto de mi investigación de campo, esta norma relativa al *consentimiento informado* implicaba que todas las personas entrevistadas debían entender el objetivo de mi proyecto, así como también los riesgos a los que se exponían al hablar conmigo (y algunos posibles beneficios), de modo tal que pudieran decidir si debían hablar, o no, conmigo<sup>42</sup>. Los desafíos que presentó esta norma fueron muchos: ¿Cuáles eran esos riesgos y beneficios? ¿Serían capaces los residentes rurales analfabetos y los ligeramente alfabetizados de entender el proceso de consentimiento informado o este proceso podría alejar a posibles participantes? Los protocolos de investigación, incluyendo los procedimientos de consentimiento oral, fueron aprobados por los comités institucionales de revisión de protocolos de la Universidad de California en Berkeley, la Universidad de Stanford y la Universidad de Nueva York.

La aprobación y la adhesión a protocolos no basta, naturalmente, para garantizar un juicio ético adecuado. Estos protocolos no pueden anticipar la gran cantidad de dilemas –aparte de los que tienen que ver con el consentimiento informado y la seguridad de los datos– que surgen durante la investigación, sobre todo en zonas de conflicto. Me di cuenta de que mi capacidad para juzgar las condiciones del campo y entender los desafíos y dilemas de la investigación en campo aumentó a lo largo de todo mi trabajo. Durante todo el proceso de trabajo de campo me ayudó mucho el hecho de que los residentes rurales que entrevisté supiesen más que yo acerca de los riesgos vinculados con la

<sup>42</sup> Se requieren tales procedimientos a los investigadores instalados en los Estados Unidos mediante una revisión obligatoria de las propuestas de investigación sobre temas humanos llevada a cabo por comités de revisión institucionales, que deben aprobar los procedimientos de investigación o bien dictaminar la exención del proyecto. Si bien la investigación etnográfica que plantea riesgos mínimos a los participantes puede ser objeto de revisión bajo procedimientos acelerados, no es el caso de la investigación en zonas de conflicto. Ver lo expuesto por el National Research Council (2003) para analizar las condiciones de una revisión acelerada.

violencia en la zona. Su gran habilidad política era muy superior a la mía. Yo tenía muy poca experiencia y era muy ingenua, e hice lo que pude para aprender de ellos.

El método de consentimiento que utilicé con los residentes rurales era oral y no escrito, ya que cualquier documento escrito hubiese asociado a los participantes con mi proyecto, ocasionándoles riesgos. Otra razón tuvo que ver con el hecho de que la mayoría de civiles entrevistados en las zonas elegidas para estudios de caso eran, a lo sumo, semialfabetos.

El objetivo declarado del proyecto fue narrar la historia de las comunidades locales durante la guerra, en principio para una universidad de Estados Unidos, y luego con miras a su publicación en El Salvador. Me presenté como una investigadora académica que estudiaba en los Estados Unidos (en principio como estudiante de una maestría y luego de un doctorado), afiliada a la universidad jesuita de San Salvador<sup>43</sup>. El beneficio señalado a los entrevistados era la narración de sus historias; me encargué de indicarles explícitamente que no existían otros beneficios<sup>44</sup>. Casi al final de mi trabajo de campo, varias agencias de ayuda internacional comenzaron a investigar proyectos de desarrollo en mis zonas de trabajo, de modo que fue necesario negar todo tipo de conexión entre esos beneficios y mi proyecto. Naturalmente, no puedo estar segura de que haya tenido éxito; en todo caso, durante todos los meses de mi trabajo de campo no aparecieron tales beneficios y todas las personas que volví a entrevistar estuvieron de acuerdo en hacerlo otra vez.

Lo más importante del proceso oral de consentimiento era informar a los participantes de mi proyecto a cerca de los ries-

<sup>43</sup> Al principio temí que esta filiación disuadiera a los funcionarios del gobierno y a los terratenientes de hablar conmigo. A lo largo de toda la guerra, el gobierno y las élites de derecha denunciaban a la universidad argumentando que ésta apoyaba a los “terroristas”. Mientras que algunos terratenientes compartieron conmigo su opinión sobre la universidad, ninguno se negó a participar en el proyecto.

<sup>44</sup> Sin embargo, invité el almuerzo a aquellos que dibujaron los mapas en los talleres.

gos a los que se exponían. Hice hincapié en el hecho de que la información que iba a reunir para narrar la historia provendría de ambos actores del conflicto, inclusive de los actores armados de ambas partes. Les aseguré a los posibles entrevistados que su identidad no sería divulgada, que no le contaría a nadie que habían participado en mi proyecto, o que habían mencionado alguna cuestión en particular. Los funcionarios del gobierno de alto rango fueron la única excepción, ya que solían ser entrevistados por la prensa. También les aseguré a los entrevistados que podían elegir lo que querían decirme y lo que deseaban que se publicase (en forma anónima) y lo que simplemente era para mí información (que no se publicaría), y en este último caso, los consulté sobre si podía o no tomar nota. Dejé en claro que podían cambiar en todo momento de parecer así como decidir no participar más (y retirar el permiso para utilizar el material divulgado hasta el momento) del proyecto.

El procedimiento de consentimiento incluía una declaración que garantizaba mi responsabilidad frente a los residentes locales. Aseguré a los posibles entrevistados que si tenían preguntas o quejas podían acudir a los agentes pastorales locales, quienes sabían cómo proceder para ubicar a las autoridades de mi universidad. Elegí a dos sacerdotes y a una religiosa, a quienes respetaban tanto los que apoyaban a los insurgentes como los que no, y les entregué una carta informándoles cómo podían contactar al organismo pertinente de mi universidad (en el lenguaje de Estados Unidos, el Comité Institucional de Revisión de Protocolos)<sup>45</sup>. Que yo sepa, ninguno de los entrevistados acudió a ese organismo para presentar quejas o hacer preguntas sobre mi proyecto.

Si bien, en un principio, la explicación de este protocolo de consentimiento causó alguna confusión en los participantes,

<sup>45</sup> En el escenario salvadoreño, puede que no haya sido apropiado pedirle al sacerdote local o a la monja que apoyasen el proyecto adoptando este rol; en otras zonas los agentes pastorales estaban claramente aliados con alguna de las partes.

una vez que logré hacerles llegar la idea de que ellos podían controlar el contenido de lo que decían y el uso que yo le iba a dar, los participantes demostraron haber entendido claramente los términos. Por sobre todo, muchos residentes de las zonas elegidas para los estudios de caso lograron sacar provecho de los distintos niveles de confidencialidad que presentaba el procedimiento de consentimiento oral. Esto puede que refleje el hecho de que, durante la guerra, los residentes de las zonas de conflicto en el campo salvadoreño medían diariamente las consecuencias de sus actividades (por ejemplo, ir o no al campo, recoger leña, tratar de ir al mercado más cercano) y aquello que decían y a quién se lo decían. Además, tuve la impresión de que muchos de ellos valoraban profundamente lo que consideraban una actividad que reconocía y respetaba su experiencia y habilidad. Si bien para muchos el hecho de tener que contar sus historias implicaba hablar de la violencia sufrida y de las penas que habían tenido que soportar, no observé algún trauma recurrente como resultado, algo que sí sufren los investigadores que trabajan en algunas zonas de conflicto (Bell, 2001). Creo que los términos del protocolo de consentimiento pueden haber contribuido a impedir que este trauma recurrente se produzca, ya que transmiten un cierto grado de control y de responsabilidad del contenido de la entrevista por parte del entrevistado.

El segundo desafío ético fundamental consistió en tener que garantizar la seguridad de los datos reunidos, en especial aquellos datos que pudiesen provocar alguna consecuencia política si estuviesen en manos equivocadas. En mi caso, el aspecto más desafiante de este dilema fue el que se presentó al tener que asegurar los datos que había reunido en el campo para luego llevarlos a la ciudad, cruzando los controles militares, y a veces controles realizados por las fuerzas insurgentes. Estos datos comprendían entrevistas en las cuales se divulgaban las preferencias políticas de los participantes, así como también de-

talles biográficos tales como la participación (pasada o presente) en uno de los grupos armados, indicaciones de una pertenencia encubierta a un grupo armado de parte de presuntos civiles (incluyendo a miembros de organizaciones no gubernamentales), información sobre la relación entre organizaciones no gubernamentales y los rebeldes, datos relacionados con la ocupación de tierras, y críticas a las organizaciones armadas de parte de los residentes (incluyendo a los que las apoyaban).

Ante este desafío, era muy importante poder garantizar la confidencialidad de la información recogida y el anonimato de las personas que participaron en la investigación. Casi nunca anotaba los nombres, y cuando lo hacía, lo realizaba en un cuaderno separado y luego de regresar a la capital. Nunca grabé las entrevistas realizadas en el campo (y sólo lo hice dos veces en la capital), sino que tomé notas manuscritas básicas que eran casi ilegibles para después completar los detalles en la capital. Utilicé cuadernos nuevos en cada viaje que realizaba al campo para no correr el riesgo de que los datos anteriormente reunidos fuesen divulgados. En cada cuaderno tomé nota, en primer lugar, de los informes de los periódicos y documentos del gobierno, dejando espacios en blanco para completar con las entrevistas. Si bien registraron mis pertenencias en alguna ocasión, mis notas sólo fueron observadas superficialmente. Guardé mis apuntes en el armario cerrado de una oficina de la universidad; a la vez que periódicamente enviaba copias a mi país y cada vez que salía de El Salvador llevaba siempre los originales en mi bolso de mano (hoy en día es normal que los investigadores de campo protejan sus *laptops* con claves, codifiquen sus apuntes y los envíen por correo electrónico).

Los residentes rurales que dibujaron los mapas eligieron no quedar anónimos. Luego de discutir este tema varias horas, decidieron escribir en los mapas los nombres de las cooperativas a las que pertenecían. Y en algunos casos, también luego de dis-

cutir acerca de los riesgos posibles, eligieron escribir sus propios nombres en los mapas. Puesto que las Organizaciones No Gubernamentales ya habían otorgado a la oficina de transferencia de tierras del gobierno los nombres de todas las cooperativas, la idea de escribir los nombres no me pareció muy peligrosa. Consideré esta acción como un acto destinado a reivindicar la reelaboración de los límites de propiedad, clase y uso de las tierras en el campo salvadoreño.

Se presentaron otros dilemas menores durante la investigación de campo. Por ejemplo, una vez me confundieron con una monja o una representante laico pastoral. Siempre corregí estos malentendidos antes de entablar una conversación con alguien, pero no siempre lo hice durante encuentros pasajeros que tuve en el campo. Por ejemplo, durante períodos de combate en zonas cercanas a Tenancingo o cuando las fuerzas insurgentes o el ejército ocuparon el pueblo. No les dije a los combatientes, que me vieron junto a la monja local y hablando con civiles, que no trabajaba con la iglesia. De modo que, si bien nunca falseé mi identidad, no corregí todos los malentendidos acerca de quién era y qué estaba haciendo allí.

Los investigadores de campo suelen tener que decidir qué hacer con las mentiras que les cuentan durante el transcurso de su trabajo. Se trata de un dilema práctico y ético. ¿Debe el investigador confrontar las mentiras, corriendo el riesgo de que esto provoque alguna acción hostil contra el proyecto y quizá contra los participantes? Este dilema está bastante presente durante las entrevistas con los perpetradores de violencia. Yo resolví no confrontar las mentiras, sino invitar a la elaboración de manera ingenua, lo cual me permitió reunir datos extremadamente importantes acerca de la ideología, los valores y el análisis de los sucesos de parte del entrevistado.

El tercer dilema fundamental al cual me enfrenté consistió en decidir hasta que punto iba a incluir material sensible en mi



publicación. En algunos casos la decisión fue simple, ya que las mismas condiciones de la investigación lo determinaban (los entrevistados no autorizaban la publicación de sus comentarios). Distribuí escasas copias de mi tesis de doctorado sobre la repoblación de Tenancingo tiempo después de la finalización de la guerra<sup>46</sup>; y esperé casi una década después del fin de la guerra civil para publicar parte del material sensible, sobre todo la información sobre las relaciones entre las Organizaciones No Gubernamentales y los rebeldes. De todas maneras decidí no utilizar algunos datos, aunque tenía la autorización de los entrevistados, porque me pareció que esta información podía ocasionar problemas aún durante el período de paz prolongada que reinaba en El Salvador a partir de 1994<sup>47</sup>. Surge un dilema particular cuando los entrevistados insisten en que sus nombres aparezcan y el investigador estima que al hacerlo podría ponerlos en riesgo.

El cuarto dilema se presentó cuando tuve que decidir de qué manera agradecer a aquellos que hicieron posible mi trabajo de investigación. Esta situación me produjo una cierta incomodidad, ya que sentí que nunca podría retribuir la generosidad de aquellas personas que trabajaron conmigo, ya sea los residentes de las zonas elegidas para mis estudios de caso o los funcionarios del gobierno. Esta situación fue bastante molesta en lo que concierne a los residentes de las zonas elegidas para los estudios de caso que dedicaron su tiempo escaso al proyecto. Intenté retribuirlos con favores mucho menos importantes como llevarlos

<sup>46</sup> Entregué copias a la organización no gubernamental que había llevado a cabo la reconstrucción y a los miembros de mi comité del doctorado. La copia oficial de mi tesis de doctorado, que estaba en manos de la Universidad de California en Berkeley, estuvo archivada en la biblioteca bajo un acuerdo que establecía que no estaría disponible durante los cinco años posteriores a su clasificación.

<sup>47</sup> Mi cautela fue recientemente confirmada cuando una copia de un resumen de mi segundo libro apareció en una publicación del *John F. Kennedy Special Warfare Center and School* del ejército de los Estados Unidos, dedicada a explicar la insurgencia en una publicación (*Special Warfare*, diciembre de 2004), la cual puede ser leída perfectamente por los oficiales del ejército salvadoreño.

en mi camioneta. Llegué a pensar que, para muchos de los residentes entrevistados, el hecho de compartir su historia con alguien que se comprometiera a escucharlos era un servicio que yo proveía durante mi trabajo de investigación, como lo mencioné más arriba.

Los antropólogos y otros profesionales de la etnografía aprueban otra forma de reciprocidad, que consiste en devolver todo el material reunido a la comunidad de origen. Hace algunos años esto significaba que las publicaciones estuvieran disponibles a las comunidades académicas de los países en los cuales se llevó a cabo la investigación de campo. Era una tarea fácil de realizar. Bastaba con enviar copias de los dos libros a las bibliotecas nacionales más importantes. Se publicó una versión en español del primer libro en el periódico más importante de El Salvador, y el segundo libro está siendo traducido para su publicación allí. No obstante, cada vez más, los profesionales de la etnografía consideran que las obligaciones del investigador de campo no terminan en la diseminación de publicaciones, sino que los investigadores tienen que devolver el material ellos mismos. Aunque la regla dice mucho (no todo el material debe ser devuelto, por ejemplo, no es el caso del material confidencial), y muy poco (no especifica a quién se debe devolver y cuándo)<sup>48</sup>. En mi caso, era imposible devolver todo el material debido a que la gran parte del contenido era confidencial. Devolví los mapas a los que los habían dibujado, luego de haberlos fotografiado<sup>49</sup>. Debo agregar que está pendiente la publicación de una versión de mi segundo libro destinada a las personas semialfabetizadas.

<sup>48</sup> Consultar los ensayos recogidos en Jaarsma (2002), para un análisis prolongado de las dificultades de implementar esta norma.

<sup>49</sup> Al principio me arrepentí de haber tomado esta decisión (si bien nunca dudé de que fuese lo mejor) ya que fotos reveladas mostraban simplemente líneas apenas coloreadas sobre un fondo gris, como se puede esperar de una foto de un mapa hecho a mano. Afortunadamente, una vez que las fotos fueron digitalizadas, se pudo restaurar la imagen. (Gracias a Carolyn Resnicke del Instituto Santa Fe).

Un último dilema, difuso, que se presentó durante y después de mi trabajo de investigación tuvo que ver con mi rol de investigadora. Al llevar a cabo una investigación en zonas de conflicto, el investigador se interroga inevitablemente si debe continuar con su trabajo de investigación o simplemente realizar ayuda humanitaria. Y en lugares donde una de las partes lleva a cabo una violencia abrumadora contra civiles, como en El Salvador, los investigadores se interrogan sobre si deben apoyar activamente a la otra parte en vez de continuar con una investigación sin compromisos políticos. Algunos investigadores, con una visión de más largo plazo, sostienen que, de todos modos, la investigación es justificada ya que para poder intervenir exitosamente y recrear el entramado social es necesario entender profundamente el conflicto (Smyth, 2001: 3-4). Si bien estoy de acuerdo, aclaro que mi única creencia en el valor de lo que estaba realizando fue sostenida por la aprobación de los residentes rurales al proyecto, quienes dedicaron muchas horas a contarme historias de sus familias y comunidades. Su apoyo me ayudó de muchas maneras a no abandonar el proyecto. Continué desempeñando mi papel de investigadora a pesar de recibir ofertas interesantes para involucrarme en trabajos políticos, como trabajar de asesora de temas relacionados con las tierras para la misión de la ONU. Su apoyo me ayudó a tener en claro que mi valor principal era el objetivo de mi proyecto, es decir, documentar la historia de la guerra en las zonas elegidas para los estudios de caso.

Sin embargo, hubo muchos desafíos éticos a los cuales no me enfrenté durante mi trabajo de investigación. Por ejemplo, no tuve que decidir si intervenir o no para impedir o atenuar un ataque contra civiles. Tampoco tuve que decidir cómo abandonar de urgencia una zona atacada, refugiándome con una de las fuerzas o protegiéndome de otra. Nunca me amenazaron directamente obligándome a entregar mi material. No tuve que presionar a los

entrevistados para que me describieran la violencia que habían sufrido u observado, porque mi trabajo de investigación no se centraba en los modelos de violencia, sino en la emergencia de una acción colectiva voluntaria bajo las circunstancias de alto riesgo de una guerra civil. La ausencia de estos dilemas refleja naturalmente las condiciones relativamente benignas y coherentes en las cuales llevé a cabo mi trabajo de investigación. Para poder realizar trabajos de investigación durante otras guerras puede que los investigadores necesiten ingresar al campo y ser alojados con la ayuda de Organizaciones No Gubernamentales, que puedan imponerles restricciones o limitaciones a la investigación, comprometiendo de este modo la independencia del investigador para llevar a cabo la investigación. Las condiciones dadas en ciertas guerras civiles simplemente no permiten que se lleve a cabo una investigación de campo ética.

### **Los desafíos emocionales de la investigación de campo**

Durante la investigación de campo, los etnógrafos suelen atravesar períodos previsibles de soledad, y quizás depresión, durante los cuales se interrogan sobre el significado y la viabilidad de sus proyectos, y sobre su capacidad para llevarlo a cabo. Esta ‘depresión’ del trabajo de campo, suele ocurrir unos meses después de haber llegado al lugar, luego de que la primera excitación haya disminuido, así como también luego de haber regresado a sus hogares. Estos períodos reflejan, en parte, el estrés y la soledad provocados por la transición entre dos sitios culturalmente distintos, dejando a familiares y amigos. Muchos etnógrafos estiman que la reserva emocional necesaria para realizar una investigación de campo (abordar temas con empatía sin alejarse del objetivo académico, como qué pregunta debo hacer, hasta dónde debo llevar esta entrevista) los termina dejando sin fuerzas.

Aquellos que lleven a cabo trabajos prolongados de investigación de campo en zonas de conflicto tienen muchas po-

sibilidades de experimentar otras emociones intensas durante el transcurso de su trabajo, como el miedo, la ira, la indignación, la pena y la compasión. Esto ocurre debido a que presencian actos de violencia, sufren y le temen a las consecuencias. Efectivamente, los investigadores de campo en algunos casos extremos pueden sufrir un “trauma secundario”, producto de presenciar inmensas violaciones a los derechos humanos. Los investigadores de campo suelen sentir también un gran estrés al tratar de mantener sus datos seguros (como cuando tienen que pasar por controles). En algunos escenarios altamente polarizados a algunos investigadores les puede resultar estresante tener que “manejar” información de ambos lados y tener que entrevistar a todas las partes. Me tocó experimentar todas estas emociones durante mi trabajo de investigación de campo, a pesar de que la violencia en las zonas elegidas era relativamente limitada y coherente.

Menciono estas dinámicas emocionales porque estoy convencida de que si los investigadores de campo no les dan la importancia que se merecen, podrían cometer errores de juicio que traerían consecuencias graves tanto para los entrevistados como para ellos mismos. En tales circunstancias emocionales, la mayoría de la gente es propensa a aceptar invitaciones a compartir las experiencias (e inevitablemente la información), divertir a sus nuevas amistades contándoles historias (y divulgando información) sobre su trabajo de campo, emprender amistades o relaciones que pueden comprometer el proyecto, o “marcar la diferencia” transmitiendo información de campo “confidencialmente” a alguna persona (supuestamente responsable).

Los buenos investigadores de campo siempre encuentran la manera de sortear estos desafíos y procuran proteger su investigación de sus caprichos emocionales. Además del entusiasmo por el proyecto mostrado por los residentes de las zonas elegidas para los estudios de caso, descubrí que algunas relaciones cercanas con aquellas personas que se encontraban en una posición

similar, como “extranjeros” compasivos, pero cuyos intereses eran muy diferentes de los míos (ayuda técnica y actividad pastoral), me sirvieron mucho para preservar la confidencialidad de mi material y seguir desempeñando mi rol con los entrevistados. Tuve algunas vacaciones de fin de semana que me permitieron descansar y darme cuenta de la dimensión de mi trabajo. Durante el período más prolongado de mi investigación de campo (18 meses) fue muy importante regresar a mi universidad para escuchar el consejo de mis colegas, no sólo académico sino también político sobre estos desafíos éticos, y reafirmar el sentido de compromiso con mi comunidad académica.

## **Conclusión**

Los protocolos de consentimiento informado y los procedimientos de seguridad sirven para asegurarse que el investigador de campo “no haga daño”. No obstante, las condiciones en las zonas de conflicto presentan enormes diferencias. En las zonas de conflicto de El Salvador durante la segunda mitad de la guerra civil la violencia era mucho más limitada, más selectiva y más previsible que la violencia perpetrada al inicio de la guerra y en muchas otras zonas de conflicto. De modo que no tuve que lidiar con algunos de los dilemas éticos que otros investigadores enfrentan.

Las tareas de investigación que he descrito parecen haber sido suficientes para tratar los dilemas éticos que enfrenté durante mi trabajo de investigación de campo. Pero puede que no sean suficientes en las condiciones de otros períodos y de otras zonas. Por ejemplo, evité llevar a cabo una investigación de campo durante la ofensiva insurgente de 1989. Hay condiciones de campo bajo las cuales una investigación de campo ética no puede ser llevada a cabo.

Aún cumpliendo con tareas de investigación y protocolos adaptados a las condiciones específicas del campo, los investigadores de campo dependen inevitablemente de su propia inter-

pretación de esas normas. Suele suceder que la formación académica no nos proporciona los medios necesarios para realizar una investigación de campo, sobre todo en zonas de conflicto. La enseñanza de los métodos de investigación de campo y de los dilemas éticos más comunes enfrentados es indispensable para la formación de los científicos sociales y de cualquier otro profesional que se aventure en este tipo de escenarios. Por sobre todo, esta formación debe ayudarles a tomar conciencia de las dinámicas emocionales que aparecen en la investigación de campo en zonas de conflicto, así como de la manera en la cual éstas pueden influenciar el juicio del investigador de campo.

## Referencias

- Bell, Pam (2001). "The ethics of conducting psychiatric research in war-torn contexts". In M. Smyth & G. Robinson (Eds.), *Researching Violently Divided Societies. Ethical and Methodological Issues*. London: UN University Press and Pluto Press.
- Das, Veena (1990). "Our work to cry: Your work to listen". In V. Das (Ed.), *Mirrors of Violence: Communities, Riots and Survivors in South Asia*: 345-398. Delhi and New York: Oxford University Press.
- Green, Linda (1995). "Living in a state of fear". In C. Nordstrom & A. C. G. M. Robben (Eds.), *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*: 105-127. Berkeley: University of California Press.
- \_\_\_\_\_ (1999). *Fear as a Way of Life*. New York: Columbia University Press.
- Jaarsma, Sjoerd (Ed.). (2002). *Handle with Care. Ownership and Control of Ethnographic Materials*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

- Kalyvas, Stathis (2006). *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kelman, Herbert (1972). "The rights of the subject in social research: An analysis in terms of relative power and legitimacy". *American Psychologist*, 27(11): 989-1016.
- National Research Council (2003). *Protecting Participants and Facilitating Social and Behavioral Sciences Research*. Panel on Institutional Review Boards, Surveys, and Social Science Research. C. F. Citro, D. R. Ilgen, & C. B. Marrett (Eds.), Committee on National Statistics and Board on Behavioral, Cognitive, and Sensory Sciences. Washington, DC: The National Academies Press.
- Nordstrom, Carolyn (1997). *A Different Kind of War Story*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- \_\_\_\_\_, y Antonius Robben (Eds.). (1995). *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*. Berkeley, Los Angeles, and London: University of California Press.
- Peritore, Patrick (1990). "Reflections on dangerous fieldwork". *The American Sociologist*, 21(1): 359-372.
- Sluka, Jeffrey (1995). "Reflections on managing danger in fieldwork: Dangerous anthropology in Belfast". En Carolyn Nordstrom y Antonius Robben (Eds.), *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*: 276-294. Berkeley, Los Angeles, and London: University of California Press.
- Smyth, Marie (2001). "Introduction". In Marie Smyth y Gillian Robinson (Eds.), *Researching Violently Divided Societies. Ethical and Methodological Issues*. UN University Press and Pluto Press.
- \_\_\_\_\_, y Antonius Robben (Eds.) (2001). *Researching Violently Divided Societies. Ethical and Methodological Issues*. London: UN University Press and Pluto Press.



The National Commission for the Protection Of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research [The Belmont Report]. (1979). *Ethical Principles and Guidelines for the Protection of Human Subjects of Research*.

Weinstein, Jeremy (2006). *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*. Cambridge University Press.

Wood, Elisabeth (2000). *Forging democracy from below: Insurgent transitions in South Africa and El Salvador*. Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_ (2003). *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. Cambridge University Press.

**Agradecimientos:** Quiero agradecer a Severine Autesserre, Samuel Bowles, Alexandra Garrison, Micheline Egge Grung, Richard L. Wood y a los participantes del seminario “Research Ethics in Conflict Zones - Facing the Ethical Challenges for the Researcher” patrocinado por el Comité Nacional de Ética en Ciencias Sociales y Humanidades (Oslo, 4 de abril de 2005) por sus comentarios realizados en una versión anterior y al Yale Center for International and Area Studies y al Instituto Santa Fe por el apoyo en la investigación.

**Elisabeth Jean Wood** es profesora de Ciencias políticas en la Universidad de Yale y profesora de Investigación en el Instituto Santa Fé. En su investigación sobre las guerras civiles – modelos de violencia política, sobre todo la violencia sexual, la lógica de la acción colectiva, las condiciones de los acuerdos sólidos negociados - recurre al trabajo de investigación de campo etnográfico, la modelización formal y el análisis macroeconómico y otros datos. Es la autora de *Forging Democracy from Below: Insurgent Transitions in South Africa and El Salvador* (Cambridge University Press, 2000) y de *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador* (Cambridge University Press, 2003). E-mail: elisabeth.wood@yale.edu